



El reino de Dios



LA frase de *reino de Dios* expresa, muy felizmente, la necesidad que siente el alma de un suplemento de destino, de una compensación de la vida actual. Aquellos que no se avienen a concebir al hombre como un compuesto de dos substancias y que hallan el dogma deísta de la inmortalidad del alma en contraposición con la fisiología, desean mantenerse en la esperanza de una reparación final, que bajo una forma desconocida satisfará a las necesidades del corazón del hombre. ¡Quién sabe si el último término del progreso, dentro de millones de siglos, traerá consigo la conciencia absoluta del Universo, y en esa conciencia el despertar de todo lo que ha vivido! Un sueño de un millón de años no es más largo que el sueño de una hora. San Pablo en esta hipótesis hubiera podido decir aún con razón: *IN ICTU OCULI*.

Es indudable que la humanidad moral y virtuosa tendrá su desquite, que un día el sentimiento del pobre honrado juzgará el mundo, y que en ese día la figura ideal de Jesús será la confusión del hombre frívolo que no creyó en la virtud, del hombre egoísta que no supo alcanzarla. La palabra favorita de Jesús permanece, pues, llena de un encanto perenne. Una especie de adivinación grandiosa parece haberla tenido en una sublime vaguedad, abrazando a la vez diferentes órdenes de verdades.

ERNESTO RENAN.

Del libro de los paisajes

TIBI SEMPER

I

LA HORA AZUL

EL día con jadeante fatiga de labriego,
alborotado el rizo de su último arrebol,
segaba allá en la linde, que era un perfil de fuego
sobre ulteriores campos sus gavillas de sol.

De este lado del mundo, pálidos abedules
delineaban la tarde cual si fuera un vergel;
y en el fondo, hacia tierras remotamente azules,
iba el Silencio andando como un largo lebrél.

Iba el Silencio andando, con su estrellada frente
oculta todavía tras de lo inmaterial;
mas ya en su pensamiento se azulaba hondamente
la inmensidad con una luz sobrenatural.

Y se azuló la hierba; y en un zafiro al monte
se le traslució el alma bajo su torvo añil,
y desleía el cándido cielo del horizonte
una azulina gota, como un lirio de abril.

Callaba el mundo, y desde la trémula distancia
donde un polvo de luna cierne el aire en su tul,
la noche, dilatándose en lánguida fragancia,
subía lentamente como un incienso azul.

II

FLORES Y ESTRELLAS

Y era aquella una noche de las noches más bellas
el Silencio sobre una blanda quietud de mar,
inclinando su frente coronada de estrellas,
allá en el horizonte se puso a meditar.

Cual de una negra tierra que en claros lirios brota,
iban saliendo estrellas de esa meditación
cuyo ritmo animaba sobre la mar remota
largas cuerdas azules en su palpitación.

Y el Silencio crecía; y a veces, de su calma,
cual se desprende el pétalo de un lánguido jazmín,
en una lenta lágrima de luz se le iba el alma,
y era una estrella errante caída en el confín,

El trémulo universo, saliendo de sí mismo,
en flores y en estrellas manifestó su sér.
Los ojos del Silencio, graves sobre el abismo,
contemplaban al cielo y al mundo florecer.

La tierra perfumada como un callado huerto.
Baltucía la noche quejumbres de laúd.
Nada más que azucenas en el mundo desierto,
y nada más que estrellas temblando en la quietud.

LEOPOLDO LUGONES.



Elevación

(Versión de Eduardo Marquina)

POR encima de todos los lagos soñolientos,
de los montes, los bosques, el mar y las praderas,
más allá de los astros, más allá de los vientos,
más allá de los límites de las altas esferas,

¡oh Espíritu!, te mueves con suelta agilidad,
y, buen nadador, tiendes los brazos en la onda,
cruzando alegremente la inmensidad redonda,
con movimientos largos y viril voluntad.

¡Huye de los miasmas de los bajos terrenos!
¡Sube a purificarte al aire superior,
y bebe, como un púro y divino licor,
la clara luz que llena los espacios serenos!

Sobre el negro fastidio y la lenta amargura
que con su peso cargan la existencia brumosa,
dichoso aquel que puede, con ala vigorosa,
ganar los campos vastos de la eterna hermosura.

Aquel que los deseos, como alondras, suspende
en matinales cielos, sin nubes y sin dudas,
que vuelá sobre el mundo, y siu esfuerzo entieude
la lengua de las flores y de las cosas mudas.

CHARLES BAUDELAIRE,

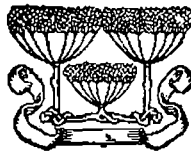
- 913 -

Lucha



Se ha repetido con frecuencia que *nada hay en vano*: esto es verdad en el detalle. Un grano de trigo existe para producir otros granos de trigo. No concebimos un campo que no sea fecundo. Pero la naturaleza en su totalidad no está forzada a ser fecunda: es el gran equilibrio entre la vida y la muerte. Acaso su más alta poesía procede de su soberbia esterilidad. Un campo de trigo no vale lo que el Océano. Este no trabaja, no produce, se agita; no da la vida, la contiene; o mejor aún, la da y la retira con la misma indiferencia: es el gran baluce eterno, que mece a los seres. Cuando se mira a sus profundidades se ve el hormigueo de la vida; no hay una de sus gotas que no tenga sus habitantes, y todos ellos se hacen la guerra; unos a otros se persiguen, se evitan, se devoran. ¿Qué importan al todo, que importan al Océano esos pueblos paseados al azar por sus olas amargas? Nos da él mismo el espectáculo de una guerra, de una lucha sin tregua; sus olas, que se deshacen, cubriendo y llevándose la más fuerte a la más débil nos presentan en escorzo la historia de los mundos, la historia de la tierra y de la humanidad. Es, por decirlo así, el universo hecho visible a nuestros ojos. Esta tempestad de las aguas, no es más que la continuación, la consecuencia de la tempestad de los aires: ¿no es la agitación de los vientos comunicada al mar? A su vez las ondas aéreas tienen su explicación en los movimientos y las ondulaciones de la luz y el calor. Si nuestros ojos pudiesen abarcar la inmensidad del éter, en todas partes veríamos sólo el choque atolondrador de las ondas, una lucha sin fin, porque es sin razón, una guerra de todos contra todos.

JUAN MARÍA GUYAU.





A la Virgen

(Traducción de Antonio Gómez Restrepo)

DE noche, cuando acaba la certeza,
y ansiedad indecible me tortura,
yo te he visto mirarme con ternura,
y más que con ternura, con tristeza.

No era el brillo fugaz de la belleza,
ni de la mocedad la llama impura,
era distinta luz; una hermosura
como nunca soñó Naturaleza.

Un místico sufrir, un dulce encanto
formado de perdón, de amor, de llanto...
Era un preludio de la paz postrera.

¡Oh visión melancólica y piadosa!
Mírame así callada, así llorosa...
¡Y déjame soñar la vida entera!

ANTERO DE QUENTAL.

Se pone el sol

I

MA pronto apagarás tu sed ardiente,
corazón abrasado
En el aire hay promesas. Siento el soplo
de bocas ignoradas, y se acerca
el gran frío supremo.

Ardiente el sol está en mi mediodía.
Yo te saludo, inesperada brisa
que llegas hasta mí, tú de la tarde
refrigerante espíritu.

El aire pasa extraño, fresco y puro.
La noche, ¿no me envía oblicuamente,
de través, sus miradas seductoras?
Sé fuerte corazón, y no vaciles,
ni preguntes *¿Por qué?*

II

Declina el sol ¡oh día de mi vida!
De oro se tiñe el mar.
El hálito del campo es caluroso.
La dicha ¿quizá duerme al mediodía
la siesta?

Todavía a los reflejos
de luz verdosa, sobre el negro abismo
la dicha juguetea.

Viene tu noche ¡oh día de mi vida!
Medio entornados ya brillan tus ojos,
y se esparcen las gotas del rocío
como si fueran lágrimas."

Se extiende
de tu amor sobre el mar la ardiente púrpura,
el éxtasis postrero, tembloroso . . .

III

Ven, áurea alegría, de la muerte
anticipado goce, íntimo y dulce.
¿Tal vez he recorrido mi camino
demasiado de prisa?
Y ahora, cuando el pie ya se cansaba,
tu mirada me busca,
y se acerca tu dicha a recogerme.

Sólo hay en torno mío
el juego de las olas.
Y lo que fué penoso
en un olvido azul se ha sumergido.
Ociosa está mi barca.
¡Qué lejanos los viajes y tormentas!
Deseos y esperanzas se han ahogado.
Liso está el mar y el alma.

¡Séptima soledad!
Nunca he sentido
más cerca a mi seguridad tan dulce
ni del sol la mirada
más cálida.

¿No brillan todavía
los hielos de mi cumbre?
Rápido, un pez de plata se desliza
nadando por debajo de mi barca....

FEDERICO NIETZSCHE



Dolor

¡DOLOR! ¿Hacia dónde se han fugado todos mis años? ¿He soñado mi vida o la he vivido? ¿Acaso lo que he tomado por real no sería más que un sueño? ¿Me he dormido tal vez perdiendo el hilo del recuerdo? Ahora me encuentro despierto y me es desconocido lo que antes me era familiar como mi propia mano..... Todo es tristeza en el mundo y cuando pienso en los dorados días de antaño que en mí han dejado menos huella que una piedra arrojada al mar, no hago más que lamentarme.....

¡Dolor! ¡Siempre eterno dolor!

WALTER DE LA WOGELWEIDE.

Horas de amanecer



EN la aurora nácar, estas suaves campiñas se ven como a través de un diamante. Las joyas de la noche amanecieron en las florecitas de la tierra y en las yerbas humildes. Del campo negro, que huele a terrones mojados, se levanta, idealizándolo, un fino cendal: parece que la Naturaleza se estuviera evaporando.

La mariposa azul del horizonte abre sobre las cumbres distantes las alas salpicadas de oro de sol. Todo es más amable en estas mañanás labriegas. Las montañas son menos fuertes, las perspectivas menos lejanas, menos trágicos los abismos. En los llanos paisajes con trinos y con hilos de la Virgen, perfuman los nardos de la bondad y del amor.

Hay un despertar de alquerías, con lejanos cantares de gallos. El fuego del desayuno alegra las cocinas de los ranchos, mientras van los peones al trabajo, la chaqueta al hombro, desanudando, para penetrar al predio, el lazo que amarra la puerta de golpe; dejando sus huellas descalzas en la tierra húmeda, arrojando piedras a los sanates que se encarnizan contra las hojuelas del maíz que asoman apenas en los surcos porosos...

Las espadas del maguey entrecruzan sus filos protectores en los aledaños. Al pie de la cerca corre un regato sobre el cual vuelan caballitos del diablo, mientras que, amarrado a algún brotón lleno de yemas, un caballo toma su desayuno de pasura cou rocío. Bajo una copa de árbol y en un espacio desmontado y ya eudurecido, hay restos de ceniza y colillas de cigarro, cerca de tres piedras de hogar quemadas por el fuego y ennegrecidas por el humo.

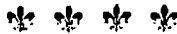
Dan deseos de ser siempre bueno en estos caminos que van como jugando por los campos; de galopar por las veredas que amanecen, hinchando los pulmones de aire matinal con esencias de pino, eucaliptos y de laurel; de compadecer a los indígenas que se apartan para dejarnos pasar, encorvados bajo su carga, cou las pupilas llenas de las mansas tristezas de los bueyes; de escribir un verso, de acariciar a un niño, de entonar una canción. Esos árboles de un verde tan tierno; esas flores de color que estáu entre los bejucos, en el follaje; ese cielo

que se ruboriza vestido de la desnudez radiosa de sí mismo

Tú, Ligia, ven a soñar bajo el túnel de pinares fragantes, a bordar de tus ilusiones la rinda pared de ese barranco por la que suben helechos y palmas silvestres. Esa senda evangélica, por la que hñyen los venados, espera la caricia de tu pie desnudo, cándida Mignon; ve a rezar, Margarita, en aquella iglesia de pueblo que se descubre blanca en una loma.....

Campiña, dulce campiña de paz, de claridad y de frescura..... ¡Quién comiera siempre de tus frutos, bebiera leche de tus vacas y agua de tns manantiales y descansara a tus sombras amigas! ¡Quién viviera siempre esta hora de salud y de emoción de la mañana, colmado de sus ingenuas bondades el corazón!

JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA.



Siciliana

(Versión de Ismael Enrique Arceúiegas)

NACÍ do el cielo azul ríe sereno,
en la isla hermosa de la mar pupila,
donde se mezclan en turquino seno,
de las mañanas a la luz tranqnila,
la onda del Jonio y la onda del Tirreno.

Brillan al sol plantíos y cabañas
en la ardiente quietud del horizonte;
y cubiertos de polvo, entre espadañas,
duermen los higos de India sobre el monte,
ante enorme cadena de montañas.

En sus gólfos que cúrvanse encantados,
ciudades sé reflejan y fanales;
y de baños moriscos y raudales
se oye el rumor en huertos aromados,
a la sombra de verdes naranjales.

¡Tú, más blanca que espuma y luz febea,
nos espera la barca; riega aromas
la blanda brisa que la playa orea,
triscan rebaños en las verdes lomas,
y el Etna inmenso en el azul humea!

G. A. CESAREO. (*)

(*) Cesareo nauó en Mesina, Sicilia, en 1661.

El sueño de las palomas

En el cerro se han posado las palomas para la noche.

Por largo rato, titubeando, se arremolinaron sobre el árbol solitario.

Ahora van a dormirse. Como todas las noches, en la cima de la más alta rama, un ruiseñor cantará.

Así arrullo a menudo tu sueño con palabras de amor.

Creo que el mismo instinto guía a las palomas y a las mozas hacia jardines donde cantan ruiseñores.

FRANZ TONUSSAIT.



Noche blanca

(Versión de E. D. C.)

BLORA el perro en la sombra del jardín; el gemido de otros canes, cruzando del espacio el sopor, inquieto le contesta con el sordo terror del que siente el avance de lo desconocido.

Nuestra casa en el claro de luna es diferente. Lívida rigidez le da el nocturno ambiente y es como muerta que su sepulcro ha dejado por las sendas brillantes del jardín empapado.

Una lejana luz es un ojo profundo:
ve sombras que a los vidrios se asoman, y en su espejo transparente, aterrada, advierten el reflejo de un árbol, y en las hojas rostros de moribundo.

Y en torno de la frente—mi corazón lo sabe—
por veredas de plata, por el césped suave,
con sudarios de ópalo la multitud camina
de invisibles que forma la niebla matutina.

JULIEN OCHSÉ.

Laurel eterno

LEVANTA la cabeza pensadora,
de grandes sueños milagrosa urna,
y extingue en el incendio de la aurora
la tristeza de tu alma taciturna.

Del dolor y la cruel melancolía
líbrate, hermano, del fatal asedio.
Perfuma de jazmín tu fantasía
y vuela como un ave tu poesía
sobre el abismo lóbrego del tedio.

Sonríe sin rencor sintiendo el rudo
injusto golpe del destino adverso
y pon ante el dolor como un escudo
la ignota melodía de tu verso,
hecho de sangre y música divina,
de honda emoción y canto de sirena,
que contenga en su forma peregrina
todo el amor que llena el universo
y cuyo ritmo por doquier resuena.

Corónate de rimas y de rosas
y con ojos impávidos admira
el perenne desfile de las cosas.

Con la magia inefable de tu lira
elévate a las cumbres inmortales
y por lo excelso del Amor suspira.

Pon alas de condor a tus ideales
para que crucen en radiante vuelo
los azules espacios siderales,
y amen, al escalar el vasto cielo,
no las estrellas en la noche bruna,
ni la flor diamantina de la luna
envuelta en triste y vagaroso velo,
sino el sol de corola rutilante,
lirio de refulgente pedrería,
que de un confín a otro confín errante
va recorriendo la extensión vacía.

No tiembles nunca ante el dolor artero
que corazones míseros abate
y con potentes músculos de acero
preséntate en la arena del combate.

Y saldrás vencedor. Y la Victoria,
que de noble laurel corona al fuerte,
tu nombre altivo cubrirá de gloria,
más allá de la Vida y de la Muerte.

FROYLÁN TURCIOS.



El Maestro

(Traducción de Ricardo Barza)

Y cuando las tinieblas cayeron sobre la tierra, José de Arimathea, encendiendo una antorcha de madera resinosa, bajó de la colina al valle. Porque tenía que hacer en su casa.

Y arrodillado sobre los silex del Valle de Desolación, vió a un joven que estaba desnudo y que lloraba. Sus cabellos eran del color de la miel y su cuerpo como una flor blanca; pero las espinas habían desgarrado su cuerpo y sobre sus cabellos había puesto cenizas como una corona.

Y José, que tenía grandes riquezas, dijo al joven que estaba desnudo y que lloraba:

—No me asombra tu gran pesar, porque, en verdad, El era un hombre justo.

Y el joven respondió:

—No lloro por él, sino por mí mismo. Yo también he cambiado el agua en vino y he curado al leproso y he devuelto la vista al ciego. Yo he paseado sobre las aguas, y arrojado los demonios que habitan las tumbas. Yo he alimentado a los hambrientos en el desierto donde no había alimento alguno y he hecho levantarse a los muertos de sus fosas, y a mi orden y ante una gran multitud de pueblo, una higuera estéril ha florecido. Todo lo que ese hombre ha hecho, yo también lo he hecho. Y, sin embargo, no me han crucificado.

OSCAR WILDE.

Ojos negros

OJOS NEGROS como la noche o el abismo,
grandes como mi afán o mi amargura,
tus ojos, en mi poético espejismo,
son como abiertas flores de idealismo
en ignotos parajes de ventura.

Luz y sombra: celeste argentería
y lutos de crepúsculo en derroche,
condensan en tus ojos su poesía,
el lumínar espléndido del día
y los crespones negros de la noche.

Me parecen tus ojos dos nocturnas
mariposas de ensueño y primavera:
y sedeñas, umbrosas, taciturnas,
son tus pupilas misteriosas urnas
que guardan el Amor y la Quimera.

¿Qué cielo alumbrarán vuestros fulgores?
¿Qué alma se inundará con vuestros rastros?
¿Qué jardín seco cubriréis de flores?
¿Qué sombras llenaréis de resplandores,
ojos negros que sois como dos astros?

AUGUSTO C. COELLO.



Sapientia

Nada a las fuerzas pródidas demando,
pues mi propia virtud he comprendido:
me basta oír el perennal ruido
que en la concha marina está sonando;
y un lecho duro y un ensueño blando;
y, ante la luz, en vela mi sentido
para advertir la sombra que al olvido
el ser impulsa y no sabemos cuándo....

Fijar las lonas de la móvil tienda
junto a los calcinados precipicios
de donde el soplo del Misterio ascienda;
y al amparo de númenes propicios,
en dilatada soledad tremenda
bruñir mi obra y cultivar mis vicios....

RICARDO ARENALES.

¡Produce!

EL hombre nunca ha ocupado una situación en que no haya deber que cumplir ni ideal que alcanzar. Si: aquí, en este pobre, miserable, enmarañado, despreciable Actual, donde te encuentras en este momento mismo, aquí o en ninguna parte está tu Ideal; que tu trabajo lo consiga; y, trabajando, crée, vive, sé libre. ¡Loco! El Ideal está en tí mismo, el obstáculo también está en tí: tu situación no es más que la materia de que tú has de formar el Ideal. ¿Qué importa que esta materia sea de tal o cual calidad, si la forma que le das es heroica, es poética? ... ¡Lo que tú buscas está ya en tí; aquí o en ninguna parte! ¡Ojalá lo veas!

También yo ahora podría decirte: cesa de ser un caos; sé un mundo, o siquiera un diminutivo de mundo. ¡Produce! ¡Produce! Aunque no sea más que la miserable fracción infinitesimal de un producto. ¡prodúcela en nombre de Dios! ¡Muestra al exterior todo aquello de que eres capaz! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Todo lo que tu mano puede hacer, házlo con toda tu fuerza! Trabaja mientras dura el día de hoy; porque ya llega la noche en que nadie podrá trabajar. . .

THOMAS CARLYLE.



Nada inquietas

(Versión de E. D. C.)

CUANDO en un solo día logres dos amistades,—no te mires el rostro complacido,—ni te acaricies con placer las manos,—ni agradecido te contemples.

Si en una misma noche te haces dos enemigos,—no culpes a tu faz por sus fealdades,—ni por sus tropezones a tu bondad increpes;—de lo que nada sabe nada increpes.

Ten los brazos, tus brazos de carne, junto al cuerpo:—otros hay que se mueven sin que tú se lo mandes.

GEORGES DÜHAMEL.

Mediodía

(Versión de Cayetano de Alvear)

REY del estío, espárcese mediodía en la llanura,
en argentadas ondas del cielo azul cayendo.
Todo se calla. El aire abrasador fulgura:
envuelta en ígneo manto la tierra está durmiendo.

La extensión es inmensa y en los campos no hay
sombra,
donde bebió el rebaño secóse el cauce undoso;
la lejana floresta, que su término asombra,
duerme allá abajo, inmóvil en pesado reposo.

Los sazonados trigos, solos, cual mar dorada,
a lo lejos dilátanse desdeñosos del sueño;
pacíficos hijuelos de la tierra sagrada
del sol la copa agotan con animoso empeño.

A veces, cual suspiro que exhala su alma advierte,
de las gruesas espigas de murmurante acento,
una ondulación lenta, majestuosamente
se alza, y al horizonte va a morir polvoriento.

No lejos, blancos bueyes en la tierra tendidos
sus papadas espesas cubriendo van de baba,
y con hermosos ojos lánguidos y caídos
siguen el sueño interno, e igual, que nunca acaba.

Hombre: si llena el alma de gozo o de amargura,
pasas el mediodía por el campo radioso,
huye, que el sol consume, vacía está natura;
nada aquí vive, nada está triste o gozoso.

Mas, si desengañado del llanto y de la risa,
de este mundo agitado el olvido al temer
ni el perdón ni el castigo ve ya tu alma indecisa
y apurar aún deseas un supremo placer,

iven!, y del sol la llama absorbe intensamente,
con palabras sublimes él te habla y te fascina,
y a la ciudad retorna, el corazón doliente
siete veces templado por la nada divina.

LECONTE DE LISLE

El Arte y la Naturaleza

EL Arte presta a los objetos de por sí insignificantes, otro servicio que el de darles un valor que no tienen, elevándolos a la primera forma de la idealidad. Los idealiza en el sentido del tiempo, fijando, para que PERDURE, lo que en la Naturaleza es movable y pasajero. Una sonrisa que se borra en el momento, un rayo de luz que se eclipsa, los rasgos fugitivos del espíritu en la vida humana, todos estos accidentes, que pasan y son inmediatamente olvidados, el Arte se los arrebató a la realidad momentánea. En este respecto, el Arte es superior a la Naturaleza.

JORGE GUILLERMO FEDERICO HEGEL.



Las alas del angel

(Versión de E. D. C.)

VOLABA un ángel bello por mi noche azulosa;
sonreía, radiante, como enorme osteusorio,
y advertí que llevaba las estaciones. Eran
amplio estío de mieses sus cabellos de oro,
su pecho femenino, primavera florida
con ambos paraísos de amor y sus miradas
tenían la profunda languidez del otoño.
Septiembre y mayo, unidos, formaban una ronda
por su frente y sus brazos: iban allí los ojos
de corola de llamas a cáliz de frescuras.
Y, por cima, vibraban con lampos fulgurantes
sus dos alas, y al verlas se estremeció mi cuerpo;
que al volar, apacibles, derramando delicias,
trazaban la guadaña doble y sutil del tiempo.

LOUIS MANDIN.

A una túnica rosa

(Versión de E. D. C.)

GUÁNTO esa túnica me encanta
que tu desnudo hace entrever,
que agolpa el seno en tu garganta,
que el gentil brazo deja ver

cual de una abeja el ala frágil,
fresco cual tierna rosa-té,
de tu beldad en torno grácil
voltear su tejido se ve.

Sobre la seda, temblorosa
tu epidermis se ve platear,
mientras la tela, el color rosa
deja en tu carne reflejar.

¿Quién te brindó ese traje raro
que carne tuya resultó,
que con tu piel su rosa claro
trama viviente confundió?

¿De Venus la concha rosada
pudo sus tonos confundir
con el matiz de la alborada
y el del capullo que va a abrir?

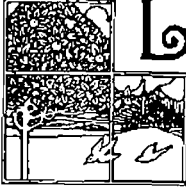
¿O bien la tela está teñida
en las rosas de tu pudor?
No; como modelo elegida
tu forma advierte su esplendor.

No más el velo así te pese,
realidad que el arte soñó,
resultarás cual la Borghese
ante Canova apareció.

Mis labios son, ¡ay! pliegues rosa
de deseos que no sé huir.
De besos a tu forma hermosa
túnica amante hacen ceñir.

THÉOPHILE GAUTIER.

Los dos pájaros



LA pajarita doméstica estaba en la jaula; el pájaro libre estaba en el bosque.

Se encontraron un día. El pájaro libre exclamó:

—Amada mía, ven conmigo hacia el bosque.

La pajarita enjaulada contestó:

—Entra conmigo, viviremos juntos en la jaula.

—Detrás de esos barrotes, ¿en dónde encontraría lugar para extender mis alas?

—¡Ay de mí!—respondió la pajarita. Yo no sabía dónde pararme en el cielo.

El pájaro insistió:

—Ven conmigo; entonaremos los cantos de los bosques profundos.

La pajarita dijo:

—Quédate cerca de mí: te enseñaré un lenguaje sabio.

El pájaro del bosque exclamó:

—No, no: los cantos no se enseñan jamás.

—¡Ay de mí!—sollozó la pajarita enjaulada. Entonces yo no aprendería nunca los cantos de los bosques profundos.

Los dos se quieren mucho. A través de los barrotes de la jaula se contemplan; pero es en vano su deseo de conocerse. Agitan sus alas en el impulso de su ternura, y cantan:

—Ven, ven conmigo, ven.

El pájaro libre se lamenta:

—¡No es posible! Tengo miedo al encierro de la jaula.

La pajarita enjaulada murmura:

—¡Ay de mí!—¡Mis alas están inertas y no saben volar!

RABINDRANATH TAGORE.



El quinto silencio

A M. S. S. S. S.

POBLÓ mi subconsciencia como un rumor arcano,
como un pensar de abismo, como una voz de oceano,
del vasto océano ilímite que al infinito alfombra,
del vasto océano insomne, abuelo de la sombra:
Hablaban tres silencios: *¿Quién eres?—Soy lo que Es.*
Quién eres?—Represento la vida sepultada.
Quién eres?—El mañana, lo que será después.

Oyóse así su voz
poblar la irremediable congoja de la Nada,
y la voz de cada uno era verbo de Dios.

Después hicieron coro:
La música es silencio,
silencio el mar sonoro,
la tempestad silencio;
silencio es toda cosa,
gema, flor, mariposa.

A poco, yo en mi vida, sentí que de repente
—arroyos de infinito que integran una fuente—
de aquellos tres silencios, de aquella Trinidad,
irguióse uno, uno que era como el coloso
del insomne reposo,
y pasó repitiendo: *yo soy la Eternidad.*

Más tarde hubo una playa, una playa de espacio.
playa que era el palacio
de un silencio sin alma, de un silencio vacío,
mudo, estéril silencio que me crispó de frío.

Pero ¡ah! más allá de eso, oí que resonaba,
escuché que avanzaba,
ansiosa, estremecida,
la inmensa voz de un quinto silencio hacia mi vida
y aun sigo oyendo, oyendo, oyendo algo que sueña,
algo que me reclama, algo que me encadena,
más allá... más allá...
de aquellos tres silencios, de aquella Trinidad
de silencios que hacen la Eternidad
y son verbo de Dios;
más allá del silencio sin voz,
más allá de todo eso, más allá... más allá...

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.

New York,
abril, 1918.

¡No!

(Versión de Ismael Enrique Arciniegán)

RE dijo en sueños una voz:
¿Al mundo
maravilloso de las almas quieres
que te conduzca, do el dolor no existe,
en donde espinas el rosal no tiene
y es la vida una fiesta esplendorosa?
¿Quieres ir a ese mundo en donde siempre
se ve brillar el sol y a donde nunca
han llegado las sombras de la muerte?

—¡No!—respondíle.

Quiero
mi dolor, y la lucha en que me agito.....
¿Cómo vivir la vida sin la fiebre
de lo desconocido?
¿Cómo vivir sin sueños en el alma,
sin alas el espíritu?
¡Déjame aquí luchar y esperar siempre,
déjame la esperanza en mi camino,
y déjame embriagarme en el ensueño
de mi anhelo infinito!

ARCHAG TCHOBANIAN (*)

(*) Archag Tchobanian, de familia armenia, nació en Constantinopla, Turquía, en 1872. Vive actualmente en París.

Retorno fugaz

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
—¡Oh corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huida de la primavera?

Tan leve, tan voluble, tan ligera
como estival vilano... ¡Sí, imprecisa
como sonrisa que se pierde en risa...!
¡Vana en el aire, igual que una bandera!

¡Bandera, sonreír, vilano, alada
primavera de junio, brisa pura.....
¡Qué loco fué tu carnaval, que triste!

Todo tu cambiar trocóse en nada;
—¡memoria, ciega abeja de amargura!—
¡No sé cómo eras, yo que sé que fuiste!

JUAN R. JIMENEZ.




Un enfant a pose son cerceau. . . .

(Versión de E. D. C.)

DEJA el aro un niño caer en la pradera.
Su acción sencilla, un mundo captura. Es una entera
ciudad activa, un negro, vivo montón obrero,
soldados, siervos, jefes; es todo un hormiguero.
Bosques de hierbas locas; una fauna de leves
insectos; un desierto formado por tres breves
granos de arena; lagos de rocío, que el día
temblar de las gramíneas hace al pie todavía.
Lo mismo yo, y el pueblo pardo y el lento río
y aquel lago azuloso y aquel bosque sombrío;
nos cerca un horizonte inmenso de colinas
que cayó, como un aro, de las manos divinas.

GUY LAVAND.

Espíritu inmutable

 **Q**UIÉN pudiera revestirse de una máscara marmórea y cruzar por la cálida arena de la vida con el corazón inmutable y con el pensamiento frío y claro como el diamante! ¡Quién pudiera ahogar en el pecho el suspiro del amor, y el rugido del odio, y la voz del sufrimiento! ¡Ser impasible, no vibrar jamás; poner la idea sobre toda emoción! Este sería el dominio absoluto de nuestro destino y la segura posesión de nuestra alma. Porque ni nuestra propia alma nos pertenece, ya que también imperan sobre ella muchas otras almas. Y vamos por el oscuro mundo, escasos de voluntad, como débiles hojas que el viento arrastra sin saber a dónde. Vamos así, ignaros del futuro, vacilando ante el presente y recordando el pasado como una cadena de afanes indecisos. Fuerzas ocultas guían nuestros pasos, que apenas puede el instinto apartar de los fúnebres abismos... ¿A qué actos de inaudita hermosura no llegaríamos sino viviéramos ardiendo en la llama de los deseos y de las pasiones? Impávidos en la gran paz del espíritu, sin parcialidades y sin prejuicios, la amplia visión de la verdad llenaría nuestros ojos y nuestras palabras serían magnánimas y plenas de sabiduría. Un vasto soplo cordial pasaría sobre los hombres, purificándolos. Y, sin la dureza de la piedra preciosa, pero con la grave serenidad del pensamiento y de la materia dócil, nuestro paso por la tierra sería una ascensión perenne hacia los más puros y nobles ideales.....

FROYLÁN TURCIOS.



Los conquistadores

ESE Pizarro: el de la frente erguida.
Ese Cortés: el del cabello undoso.
Pasa Alvarado en su corcel nervioso;
Valdivia lleva el suyo de la brida.

¿I ése? ¿I aquél? En púrpura encendida
envueltos van; bregando sin reposo
a manera del grupo luminoso
de los conquistadores de la Vida.

Chispeante de oro, el puño del cuchillo;
la coraza, cubierta de fulgores;
pleno de sol, el reluciente casco:

pasando van, con el temblor de un brillo,
cual si fuesen bordados en colores
sobre grandes tapices de Damasco.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



La epifanía

UNA diafanidad nos envolvía
los espíritus en velos ligeros,
y juntas iban como dos romeros
en pos del astro de su epifanía.

En las turquesas de tus ojos, Eros
una estelar titilación ponía,
y al amor del ocaso en agouía
se perfumó la tarde de luceros.

En un silencio de éxtasis votivos
nuestra mutua embriaguez rindió el tributo
de su tesoro especular, y a modo

de dos semidivinos pensativos,
en la cábala inmensa de un minuto
de eternidad nos lo dijimos todo.

ALBERTO VELÁSQUEZ,

Sello de plata, lis real

PURA Nemours, sello de plata en la más noble página de Francia, o gran lis en la isla ¿no es tu destino, blanca ciudad, alma de un cielo perlado, enseñar la elegancia al Universo soberbio?

Tus calles y tus casas me seducen el corazón; al fin veo calles que se abren suficientemente anchas para que un carretón se cruce con una silla de manos y casas que no llegan a ocultar las nubes.

¡Cuánto amo tus casas sabiamente erigidas en proporción a la altura de los hombres, ciudad altiva! A los reflejos de la aurora, o por la noche, al claro de luna, su sombra se proyecta en un silencio azul hasta mitad de las calles.

¡Sello de la isla de Francia! ¡O bien gran lis real que un pueblo ingenno ha abierto con sus dedos blancos, para honor de los franceses, que son el más puro honor del mundo occidental!

PAUL FORT.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 26

El amor nace de la entraña cristalina del día.—Decoración, Ramón del Valle-Inclán.—*Carlos Quinto en Fátis.* Augusto von Platen.—*Cuando seas ciega.* Guillermo R. Yeats.—*En alma decaída.* María Bashkirtseff.—*El árbol de los pájaros.* Leo Larguer.—*Las huérfanas.* Octavo Rilke.—*La inscripción del foro de Alejandría.* José Enrique Rodó.—*El collar del diamante.* B. Brenes Mesén.—*Acuarela.* Daniel Leysaitre.—*La tierra.*—*La palabra.* Ángel Ganivet.—*Lo que no pediría.* R. Blanco Fombona.—*Fragmento.* Pedro Emilio Coll.—*Flora netma.* Sully Prudhomme.—*Mira tú que venas victoriosa.* Walt Whitman.—*Virgenes solistas.* Guillermo Valenciano.—*El Poeta.* Helen Huntington.—*Cabellera negra.* Charles Baudelaire.—*Minutos amables.* J. Ortega y Gasset.—*La hora romántica.* Francisco Villaespesa.—*El mitigar de los chuecos.* José Rodríguez Cerna.—*Práctico.* Emiliano Hernández.—*Muchacha campesina.*—*Mantu.* Froilán Turcios.—*A un papavillo.* Rogelio E. Durón.—*Las alas íntimas.*—*Número.*—*Sueño.* Louis Mandin.—*El rotativo.* Tristán Klingsor.—*La vida realista.* Jules Romains.—*en esas nubes:*—*La rima del imbecil.*—*Punto alarmado.* Froilán Turcios.—*Recuerdo de Sibú.* Enrique Gómez Carrillo.—*Sumarios de ESFINGE.*

NUMERO 27

El año mil. José Carducci.—*ALUM DE FROILÁN TURCIOS:*—*Primera página.* Rubén Darío.—*Última página.* José Santos Chouano.—*De El Percebe di Magalo.* Gabriel D'Annunzio.—*La flor de la campoc.* Rabindranath Tagore.—*El enfermo gritó.*—*Victoria Argosoor.*—*Tu voz vacía.* Mathien de Noailles.—*Desahiento.* Bernard Gregh.—*Cementerio en Broadway.* Juan Ramón Jiménez.—*Una fotografía.* Clementina Laura Malacchi.—*Los venidos.* Ada Negri.—*Poeta y mendigo.* Alfonso Guillén Zolara.—*El quezal.* Félix Calderón Ayala.—*El eterno error.* Adelaída Bernardine Capuana.—*Los prieros s'en vent au ciel.*—*Francis James.*—*La salamandra.* Revenuto Cellini.—*La reconstrucción.* Julio Herrera y Reissig.—*Inspección.* Leo Larguer.—*Cuando de tanto.* Victor M. Londaño.—*Himno nacional de Grecia.* Donyx Solomos.—*La mejor poesía.* Amado Nervo.—*Edívar.* Thomas Carlyle.—*Visita nocturna.* Luis Tablanne.—*La ortografía.* Edmundo Harscourt.—*El alma es impetrable.* P. Ghali.—*En los Infiernos (Napohán).*—*Anhelo eterno.*—*Parque (Pórtico).* Froilán Turcios.—*Sensitiva.* Ramón Ortega.—*El insador.* Luis Andrés Zúñiga.—*En la playa ignorada.* Alberto Masseror.—*Las cosas maravillosas.* Jean Lorrain.—*Le-las.* Sully Prudhomme.—*Princesas de Salin-Salm.* Maurice Barrés.—*A una muerta.* Helen Huntington.